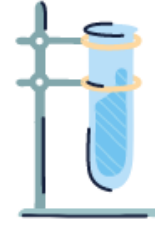


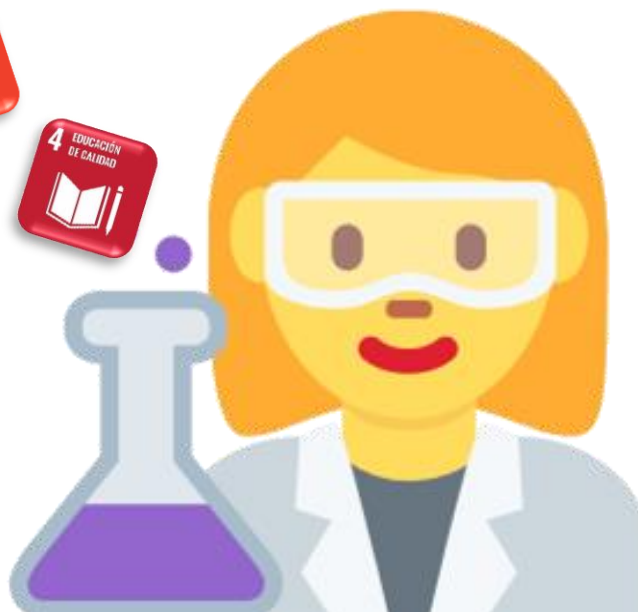
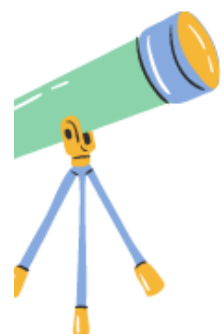
**LAS NIÑAS TAMBIÉN QUIEREN SER CIENTÍFICAS.**



## RELATO SELECCIONADO

# SOPHIE, UNA CIENTÍFICA DE CUENTO

**ALBA S. J- 10 AÑOS**



Érase una vez una niña llamada Sophie, que vivía en la ciudad de Fonvale, al oeste de Fregna. Nació en el año 2342 d.C. en una ciudad muy rica y próspera, pero ella vivió toda su infancia en el barrio más pobre que había. Creció deseando ser ingeniera, pintora y, sobretodo, científica. Sin embargo, su familia era muy pobre y no podía pagarle los gastos de la universidad. Sophie tuvo que trabajar muy duro para poder entrar y terminar su carrera.

Después de veintitrés años, Sophie empezó a trabajar como científica e inventó múltiples máquinas como el rayo supersónico, el trasladador de cuerpos, entre otros. Pero ella quería inventar una máquina revolucionaria, una máquina distinta a las demás, quería inventar una máquina del tiempo. Sí, como oís: “La máquina del tiempo”. Hizo estudios específicos sobre física, los agujeros negros, el espacio-tiempo, etc. y empezó a diseñar una máquina que consiguiera transportarnos a otra época en cuestión de segundos.

Estuvo meses y meses trabajando muy duro, pasando noches en vela para poder crear su invento revolucionario.

Un día, se topó con un cartel de una feria de ciencias profesional patrocinada por Alberto Bislunghi, un científico famoso en todo el mundo. El premio era de un millón de impas y, con eso, podría mejorar la calidad de vida de su familia.

Decidió inscribirse con su máquina del tiempo para dejar a todos con la boca abierta. El concurso era en dos meses, por eso, debía terminar su invento mucho antes. Después de muchas pruebas sin éxito, consiguió hacerla funcionar y llevarla a la sala de inventos justo a tiempo.

Mientras probaban los inventos, Sophie entró a su máquina y la encendió. Todo empezó a verse borroso y de un tono morado, hasta incluso llegó a desmayarse.

Cuando despertó, estaba junto a una mujer de unos 19 años aproximadamente que cuidaba de ella. Al parecer, se encontraba en una casa familiar de clase media-alta de mediados del s. XIX.

Sophie se recuperó del todo y la chica comenzó a preguntarle de dónde venía o qué quería. La chica se presentó– Me llamo Elizabeth– dijo y le contó su historia.

Elizabeth vivía en el Reino Unido, un país que ya no existía en el futuro de Sophie, pero del que se había hablado mucho. Estaba muy apenada, ya que no conseguía marido y ya tenía la edad adecuada para casarse. Necesitaba casarse para mantener el orgullo de la familia y poder vivir cómodamente. En ese entonces, Sophie preguntó por qué no podía simplemente estudiar y trabajar por sí misma, tal y como ella lo hizo. A Elizabeth le pareció una idea espantosa, una mujer soltera no debería pensar en estudios sino en buscar un buen marido y tener hijos.

Sophie entonces se interesó por sus aspiraciones, no sobre lo que la sociedad esperaba de ella. Elizabeth le reveló que siempre fue una apasionada de la literatura. Le fascinaba todo lo referente a los poemas, las novelas y leyendas; incluso había escrito alguna que otra obra a escondidas. Estas eran de muy buena calidad y Sophie le recomendó comenzar a subir algunos relatos a periódicos con un pseudónimo masculino. A Elizabeth le pareció muy buena idea y comenzó a escribir más.

Llegaba la hora en la que Sophie debía regresar a su época, se despidió de su nueva amiga y le prometió volver a verla en un tiempo.

Sophie volvió y descubrió que ya no había nadie en la sala de inventos, y ella no había ganado. Al desaparecer la dieron por muerta y descalificaron su invento como peligroso.

Sophie olvidó la parte del dinero y pensó en la suerte que tenía de vivir en una sociedad en la que puede estudiar y trabajar en algo que le gusta sin ser discriminada sólo por el hecho de ser mujer.

